

SFARA, Emiliano (2018): *Georges Canguilhem inédit. Essai sur une philosophie de l'action*, Paris: L'Harmattan, 357 pp.

Desde que en 1994 Camille Limoges publicara –en una antología de textos que vio la luz en el sello neoyorkino de Zone Books– una “Bibliografía Crítica” de Canguilhem que recogía todos sus títulos editados, incluida una masa ingente de escritos que habían pasado desapercibidos hasta entonces, la literatura secundaria sobre este autor ha dado un vuelco espectacular en su orientación interpretativa. La pauta la marcó un conocido artículo de Jean François Braunstein (“Canguilhem avant Canguilhem”) publicado en el año 2000, así como la puesta en marcha del proyecto para editar las *Oeuvres Complètes* del filósofo (en cinco volúmenes previstos, de los que han aparecido dos hasta la fecha, el primero en 2011 y el cuarto en 2015). A esta fijación del *corpus* integral de los escritos publicados se sumó en 2008 la apertura a los investigadores de los Fonds Canguilhem, depositados en el Centre d'Archives en Philosophie, Histoire et Édition des Sciences (CAPHÈS), sito en París. Este archivo contiene un riquísimo conjunto de materiales, constituido principalmente por los borradores de las conferencias, cursos y seminarios impartidos en vida por el filósofo, cuya publicación fue expresamente prohibida por éste.

La explotación de ese fondo gracias al concurso de una creciente pléyade de jóvenes investigadores –orientados por especialistas más veteranos como Braunstein, Debru, Limoges o Lecourt– procedentes de todos los rincones del planeta, atraídos por el renovado interés que suscita la obra de Canguilhem, está siendo crucial para acabar de perfilar la posición de este pensador en el canon de la filosofía contemporánea. Si hasta hace poco, y esa sigue siendo aún la vulgata difundida en España, Canguilhem era cono-

cido como un historiador de las ciencias y epistemólogo de las disciplinas biomédicas, presentado como discípulo de Bachelard y maestro de Foucault, hoy en cambio queda cada vez más clara su estatura propia como filósofo sustantivo de primera magnitud.

En esta estela interpretativa e emplaza esta monografía del profesor Emiliano Sfara. Su excelente contribución sólo se entiende dentro de la singularidad de la tradición intelectual italiana. Si en España y en los países de lengua española la reflexión epistemológica estuvo completamente dominada por la recepción de las aportaciones anglosajonas, en Italia no sucedió lo mismo. Desde el primer momento y pese al indudable peso de la herencia anglófona, las contribuciones francesas fueron allí seguidas y comentadas con mucho interés. Al ser considerado exclusivamente –entre las décadas de 1960 a 1990– como un historiador y filósofo de la ciencia, Canguilhem y sus trabajos eran incorporados sin más a lo que se denominaba “escuela francesa” de epistemología.

El estudio de Sfara recoge el texto que presentó recientemente como tesis doctoral, aunque no se trata de su primer libro sobre Canguilhem. Viene precedido de un prefacio redactado por Anastasios Brenner, profesor de la Sorbona y gran especialista en la filosofía de las ciencias de filiación francesa (Duhem, Poincaré, Bachelard, Koyré), pero también experto en el legado anglogermánico (Círculo de Viena, Carnap, Popper). La investigación de Sfara presenta a nuestro entender dos principales logros. En primer lugar defiende que el conjunto aparentemente disperso y cambiante de las intervenciones de Canguilhem, abarcando desde artículos de índole política hasta manuales escolares de filosofía, pasando por trabajos

especializados en filosofía de la medicina, historia de las ciencias e incluso informes administrativos acerca de la enseñanza institucional de la filosofía, expresa, desde sus escritos de juventud en la década de 1920, un mismo proyecto filosófico unificado y constante: una filosofía de la acción inspirada por Alain, verdadero maestro del pensador de Castelnadaury (en esto se prosigue la lectura propuesta por Xavier Roth), aunque rectificada y enriquecida con nuevos planteamientos originales no presentes en el legado alainiano. La epistemología y la historia de las ciencias, por tanto, sólo serían desarrollos de madurez a partir de principios teóricos sugeridos al inicio mismo de la trayectoria de Canguilhem. Esos principios, que permiten captar de forma holística la variopinta obra de este autor, lo convierten en un filósofo a la vez sustantivo –preocupado principalmente por el problema de la relación entre pensamiento y acción– y en buena medida sistemático, donde cada faceta (política, estética, epistemológica, moral) se interconecta orgánicamente con las demás.

El segundo hallazgo importante del trabajo tiene que ver con las fuentes utilizadas. Sfara constata la presencia de una filosofía canguilhemiana de la acción como sustrato teórico de la obra publicada por el pensador, dedicando parte de la introducción (pp. 23-33) a probarlo, remitiendo a los dos artículos fundamentales sobre el asunto editados respectivamente en 1937 (“Descartes et la Technique”) y 1938 (“Activité technique et creation”) y realizando además una cata muy ponderada en los textos publicados con posterioridad, desde el *Essai sur quelques problèmes concernant le normal et le pathologique* (1943) hasta el artículo “La Décadence de l’idée de progrès” (1987). Pero la fortaleza principal de la interpretación de Sfara consiste en su minuciosa lectura de los manuscritos inéditos del filósofo, a partir de

un *corpus* inmenso, que abarca desde 1929 hasta 1967. Esta labor realizada durante años en los Fonds Canguilhem del CAPHÈS, le permite dar a conocer las decisivas aportaciones del autor recogidas en los borradores de cursos y seminarios impartidos en diversos liceos, en las Universidades de Strasbourg y de la Sorbona y en el Instituto de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, dirigido por Canguilhem desde 1955. El examen de ese material le permite probar, con poderosísimos elementos de juicio, que la filosofía de la acción elaborada por Canguilhem en el curso de su trayectoria constituye el elemento que dota de cohesión conceptual y de continuidad a la obra de este pensador.

La demostración de la tesis defendida se escalona en cinco momentos. En la introducción, además de exponer los objetivos de la monografía y de contextualizar la figura de Canguilhem en su marco histórico-filosófico, subrayando su entronque con Kant y el magisterio sostenido de Alain, pese a la célebre ruptura con el pacifismo político de éste, se efectúa un primer esbozo de la noción canguilhemiana de acción, constataando su presencia en la obra publicada y realizando una presentación de las fuentes manuscritas que se van a utilizar.

El primer capítulo constituye una verdadera “historia efectual”, como la denominaba Gadamer, de la recepción de Canguilhem antes de que se conocieran sus manuscritos inéditos. Se pasa revista a las principales recensiones de los escritos editados por el filósofo, desde el *Essai* de 1943 hasta *Idéologie et Rationalité* (1977). Sfara reconstruye el modo en que la crítica, muy marcada por los trabajos de los discípulos de Althusser (Macherey, Lecourt, Fichant) y por la exposición que hiciera Foucault del itinerario intelectual de su maestro en los años 60 y 70, conformó la imagen de un Canguilhem dedicado exclusivamente a la historia de las cien-

cias y encuadrado en la secuencia formada por Cavaillès, Koyré y Bachelard. Se revisa también lo que supuso el descubrimiento de los escritos de juventud publicados por el filósofo antes de 1943, abriendo en el siglo XXI una nueva senda de interpretaciones que culminan con las lecturas propuestas por Limoges y Roth: se impugna la condición de Canguilhem como mero historiador de las ciencias y se resalta su estatuto de filósofo sustantivo, donde destaca la centralidad de la cuestión de los valores y la filosofía práctica, más allá del interés por la epistemología. Sfara, situándose en esa encrucijada, señala que la unidad del pensamiento de Canguilhem debe buscarse en su reflexión sobre el problema de la acción y de la relación entre pensamiento y actividad creadora. Esto exige un examen pormenorizado del *corpus* conformado por los manuscritos.

El segundo capítulo inicia así el estudio detallado de los borradores inéditos correspondientes a dos etapas: los cursos impartidos en los distintos liceos donde Canguilhem ejerció como profesor (1929-1941) y los correspondientes a las asignaturas impartidas en la Universidad de Estrasburgo incluida su singladura posterior como Inspector General de Filosofía (1941-1955). En la primera fase, muy marcada por la influencia de Alain y por las discusiones sobre los temas de la psicología y de la técnica, se subraya ya el modo en que la acción creadora es irreductible a las intenciones y al plan teórico diseñado previamente por el sujeto que actúa. En este sentido la acción implica una ruptura con las reglas preestablecidas. Sfara insiste aquí, frente a otras interpretaciones (Macherey, Bianco), en que ese planteamiento está en continuidad con el de Alain. Lo que Canguilhem cuestiona de su maestro no es su supuesto intelectualismo, donde el juicio reflexivo operaría como guía de la acción, sino las contradic-

ciones de Alain por no llevar hasta el final su anticartesianismo, por no ser totalmente consecuente en la discontinuidad establecida en su obra entre conocimiento y acción, asimilando no sólo el arte sino también la técnica a un acto creativo.

En la etapa de Estrasburgo, la principal novedad consiste en plantear el problema de la acción dentro de las coordenadas establecidas por las disciplinas biomédicas. La actividad creadora se asimiló entonces a lo que el filósofo de Castelnadaury bautizó como “normatividad”: la capacidad que tiene el ser vivo de instaurar nuevas normas ante el cambio experimentado por el medio circundante; la imposibilidad que encuentra el organismo enfermo para variar las normas vitales ante la transformación del entorno. Esta elaboración del problema de la acción desde la perspectiva biomédica conoció también, desde la segunda mitad de la década de 1930, una contrapartida política. Frente a la subordinación del actuar a las normas establecidas por una cosmovisión esencialista de la raza o del orden social, como postulaban el fascismo y el nazismo, Canguilhem defendía la identidad entre acción y libertad, la rebelión del acto frente a la dictadura de los hechos y de las reglas. Aquí se recoge también el motivo bergsonian del héroe, retomado pero rectificado por Canguilhem, como creador de normas en un mundo donde las reglas vigentes entran en crisis convirtiéndose en la otra cara de la tiranía.

El tercer capítulo pasa revista a los manuscritos correspondientes a los cursos y seminarios impartidos por Canguilhem como profesor de la Sorbona y como director del Instituto de Historia de las Ciencias y de las Técnicas (1955-1971). En este momento es cuando Canguilhem comienza a publicar asiduamente sobre historia de las ciencias. Esta circunstancia, sin embargo, no supone ninguna ruptura en su trayectoria intelectual;

como revela la lectura de los manuscritos de este periodo, el pensador de Castelnauary se dedica ahora a justificar su filosofía de la acción en el dominio de la historia de las ciencias. Pasan así a un primer plano las reflexiones sobre el problema del error, el estatuto social de la ciencia moderna y la relación entre ciencia y técnica. Los conceptos científicos se forjan a partir de la experiencia del error que caracteriza a los tanteos de la técnica. Esta no es por tanto, como entienden el positivismo y el racionalismo, una pura aplicación del pensamiento teórico, sino más bien a la inversa; la invención conceptual es una rectificación de los fracasos experimentados por la práctica técnica. El conocimiento por consiguiente no precede a la acción, sino que procede de ésta, y el error no consiste en la desviación respecto a una verdad previa, sino que constituye in momento necesario en la producción de la verdad.

El cuarto y último capítulo se consagra al estudio meticuloso de un curso impartido por Canguilhem en la Sorbona en 1966-67, titulado *L'action*. El interés de este manuscrito reside en que contiene un desarrollo amplio, explícito y de datación relativamente tardía, acerca del problema vertebral de la filosofía canguilhemiana. En ese sentido constituye un testimonio crucial para probar la tesis defendida en el libro. El borrador revela –y aquí Sfara discute la interpretación propuesta por Macherey– que la teoría de Canguilhem sobre el nexo entre pensamiento y acción no está abocada a una suerte de ciego irracionalismo, afirmando la absoluta opacidad de la acción respecto al pensar. Ciertamente actuar implica un juicio, pero este no se formula en el plano claro del entendimiento sino en las incertidumbres de la voluntad, por eso la acción creadora es irreflexiva y aquí Sfara contrapone la

teoría de Canguilhem tanto a la teoría de la decisión racional formalizada en el lenguaje de los juegos, como al pragmatismo norteamericano. La voluntad y sus juicios encarnan esa potencia no racional arraigada en la vida que es la normatividad. Aquí la fuente principal de Canguilhem no es tanto Nietzsche –que contrapone la acción al pensamiento– como Kant, cuya teoría de los juicios reflexionantes asociando la razón como voluntad a la postulación de fines, esto es de normas, coincide totalmente con el planteamiento canguilhemiano.

Este capítulo final de la espléndida monografía de Sfara, incluye unas conclusiones generales donde se dilucidan las posiciones de Canguilhem en relación con dos nociones fundamentales y controvertidas. En primer lugar la idea de verdad concebida, no como correspondencia con unos supuestos hechos previos, sino más bien como un valor, una norma o ideal que rige la producción de los discursos científicos. En segundo lugar el concepto de naturaleza humana. La instancia transhistórica y trascendental que define a la naturaleza humana sería el obrar técnico; la conducta vital es una acción técnica por la que el ser humano instaura normas que se renuevan en su constante desplazarse de un medio a otro. En el fondo Sfara, más allá de su aparente confrontación, coincide aquí con aquellos comentaristas (por ejemplo Guillaume Le Blanc) que niegan, en el pensamiento de Canguilhem, la apelación a una naturaleza humana esencial. Justamente por carecer de una naturaleza dada, definitiva y definible, es por lo que el ser humano está proyectado en la acción como continua creación de nuevas normas.

Francisco Vázquez García
(Universidad de Cádiz)